
CUARTA HOMILÍA.

LA DISTRIBUCION DE LOS DESTINOS,

Ó EL FIN DEL HOMBRE.

Servi facti Deo habetis fructum in sanctificationem, finem vero vitam eternam. (SAN PABLO, á los Romanos, VI).

Emancipados del pecado y hechos esclavos de Dios, recogeréis por fruto la santificación de vuestras almas, y el fin que os he propuesto, la vida eterna.

De todas las cuestiones que ántes de la predicacion del Evangelio fueron vivamente debatidas en Aténas y en Roma, y profundamente discutidas, la más grave, la más seria, la más importante, fué ciertamente la del supremo bien, ó en otros términos, la cuestion del fin por el cual el hombre existe en este mundo, y cuya realizacion puede asegurar su perfecta felicidad.

Mas ¡ay! ¿cuál es y cuál será siempre la cuestion (en lo que concierne al hombre) que podrá definir y resolver la razon del hombre abandonada á sí misma? Varron cuenta sobre esta sola cuestion más de ochenta y cuatro opiniones diversas de los filósofos, que dividieron la filosofía pagana en otras tantas escuelas y sectas contradictorias. Efectivamente, hubo en ella filósofos que fundaron el fin y la felicidad del hombre en la afluencia de todos los placeres (Aristipo); otros en la carencia del dolor (Jerónimo). Uno le colocó en la ciencia, otro en la fuerza; éste en la penetracion del genio, aquél en la belleza corporal; alguno en el mando ejercido sobre los hombres, y otro en la adhesion y abnegacion en servirlos; éste en la posesion de todas las cosas, aquél en la exoneracion de toda propiedad; el uno en los placeres íntimos del alma, el otro en los más asquerosos goces del

BIBLIOTECA CENTRAL
U. A. N. L.

cuerpo; otro en la insensibilidad, y alguno en el frenesí; cuál en el sueño, y cuál en la embriaguez; cuál en el abandono sin freno de todos los vicios, y cuál en la práctica de todas las virtudes sin mérito ni compensación. Los unos hicieron del hombre una bestia, los otros una divinidad; y después de tantas cuestiones y discusiones, el fin del hombre, el supremo bien, permaneció una cosa indefinida é incierta: el hombre continuó siendo para el hombre un enigma oscuro, un misterio incomprensible.

Á Dios, Criador del hombre, estaba reservado revelar á la humanidad el misterio de su existencia y de su suprema felicidad. Así como el hombre no ha debido su existencia más que á la omnipotencia de Dios, del mismo modo, sin la luz de Dios, no podría conocer su propia naturaleza y su destino. Pues bien, esa importante doctrina en que se resume toda la vida y todo el ser del hombre, nos la ha notificado Dios claramente por estas sencillas pero profundas palabras de su Apóstol: «Habeis sido criados para vivir como verdaderos servidores de Dios, para santificaros por eso en el mundo, y obtener en el otro la vida eterna: *Servi facti Deo, habetis fructum in sanctificationem, finem vero vitam æternam.*»

Como es para nosotros del más grande interés el tener siempre presente esta verdad capital, Jesucristo, que es la Sabiduría infinita, ha querido ofrecerla á nuestra vista de una manera sensible, en la hermosa parábola de la distribución de los talentos; parábola que resuena con frecuencia en nuestros oídos, pero que no llega hasta el corazón; parábola que se oye muchas veces, pero que no se comprende sino muy poco, y que se practica ménos todavía. La explicaremos, pues, en este día, y en ella veremos retratada toda la economía de nuestra existencia y de nuestra vida. La conclusión lógica será que adoptaremos la resolución de serlo todo en Dios y para Dios, en este día en que su divino Hijo, con su voz magistral, nos intima el mandamiento de adorar y de servir únicamente á Dios (1).

PRIMER PUNTO. «Un hombre rico, dice Jesucristo, en San Mateo, queriendo partir para países lejanos, hizo comparecer ante él á sus criados y servidores, y distribuyó entre ellos todos sus bienes: á uno le dió cinco talentos, á otro dos, al tercero uno

(1) Dominum tuum adorabis et illi soli servies. (*Matth.*, IV.)

solo, y á cada uno más ó ménos, segun su aptitud: hecho esto emprendió la marcha» (1).

Ese hombre rico es Dios, que toma aquí la calificación de hombre, *homo quidam*, porque, nos dice San Juan Crisóstomo, descendió hasta el hombre, no por necesidad de naturaleza, sino por exceso de misericordia (2). Sus servidores, dice además Haymon, son todos los hombres, que Dios ha criado expresamente inteligentes y libres, á fin de que puedan conocerle, servirle y alabarle (3). Se dice del señor ó del amo de la parábola, que debiendo viajar comenzó por distribuir todo cuanto poseía (4). Lo cual significa que Dios, ántes de volver á entrar, por decirlo así, en Sí mismo, después de la creación, ántes de regresar al cielo después de la redención, distribuyó á los hombres, como ha dicho el Profeta, todo cuanto tenía más precioso, así en el orden de la naturaleza, como en el de la gracia (5).

En efecto, del mismo modo que en Dios, el Padre ó el Entendimiento infinito, contemplándose á Sí mismo, engendra el Hijo ó el Verbo, la palabra, el discurso infinito, y del mismo modo que el Padre y el Hijo complaciéndose el uno en el otro, producen el Espíritu Santo ó el amor infinito, así también en el hombre el Entendimiento infinito, replegándose sobre sí mismo, engendra su pensamiento, su verbo, su palabra interior, su razón finita: luego el entendimiento y el pensamiento, colocados uno enfrente de otro, producen la voluntad ó el amor finito. Lo mismo que el Padre, el Hijo y el Espíritu Santo, aunque sean en Dios tres Personas distintas, sin embargo, porque absorben cada uno la misma naturaleza divina toda entera, no son más que un solo Dios; así también en el hombre el entendimiento, el pensamiento, y la voluntad, aun cuando sean tres potencias distintas, no

(1) Homo quidam peregre proficiscens vocavit servos et dedit illis omnia bona sua, et uni dedit quinque talenta, alii duo, alii vero commisit unum, unicuique secundum propriam virtutem, et profectus est statim. (*Matth.*, XXV.)

(2) Voluntate misericordiæ homo, non necessitate naturæ. (*S. Joan. Chrys.*)

(3) Hujus hominis servi homines sunt, quos ad serviendum sibi et laudandum rationabiles condidit. (*Haym.*)

(4) Peregre proficiscens dedit illis omnia bona sua. (*Matth.*, XXV.)

(5) Ascendens in altum dedit dona hominibus. (*Ecclesia ex Ps.* LVII, 19.)

son sin embargo más que uno solo y un mismo espíritu, porque esas tres potencias absorben toda entera la misma naturaleza espiritual.

Lo mismo que el Verbo eterno, sin separarse del Entendimiento infinito que le engendra, se hizo visible en la realidad de la carne, así, según observa San Agustín, el pensamiento ó el verbo interior del hombre, sin abandonar el alma que le engendra, se hace sensible y se manifiesta en la realidad de la voz (1). Y del mismo modo que Jesucristo es una Persona divina encarnada en el hombre, así el hombre es un espíritu encarnado en el cuerpo. Del mismo modo que Jesucristo es Dios y Hombre en unidad de persona, así también el hombre es alma y cuerpo en unidad de naturaleza.

El hombre es, pues, un libro misterioso, en el cual, con caracteres divinos, se hallan escritos los más grandes misterios de Dios, la unidad y la trinidad de su ser, como también la Encarnación del Dios salvador. El hombre es un simulacro viviente que representa al natural los rasgos más hermosos de la Divinidad. ¡Qué digo.... un simulacro!.... Es un ser semejante á Dios, sin que, no obstante, sea por eso su igual: está unido á Dios más bien que por un lazo de afinidad, por un vínculo de parentesco: participa de su ser, de su misma naturaleza: *Divinae consortes naturæ* (2). Es un dios limitado, un dios en pequeño. «Ya lo he dicho, exclama el Salmista, vosotros sois dioses» (3).

No es eso todo: Dios, queriendo darme una regla, un guía de la actividad de mi inteligencia, del orden de mis pensamientos, de la rectitud de mi voluntad, me ha manifestado sus preceptos, sus leyes inmutables y eternas, que son la expresión de las relaciones necesarias y naturales entre el hombre y Dios, y que derivan de la naturaleza de Dios y de la del hombre. Les ha dado, dice el libro del Eclesiástico, les ha dado preceptos, una ley de vida, una disciplina de las costumbres (4).

Pero esto no es bastante todavía: cuando el hombre perdió la

(1) Verbum Dei apud Patrem erat et processit in carnem; verbum meum apud me est et procedit in vocem. (S. Aug.)

(2) II, *Petr.*, 1.

(3) Ego dixi: Dii estis. (*Ps.* LXXXI.)

(4) Dedit illis præcepta et legem vitæ et disciplinæ. (*Ecclesi.* XLV.)

semejanza, el parentesco con Dios por el pecado, perdió también casi totalmente la idea de las leyes divinas. Entonces el mismo Dios vino al hombre; volvió á comenzar la instrucción de sus misterios y de su ley; padeció y murió por el hombre; le hizo participante de sus propios méritos, de sus derechos, de sus privilegios, de su gloria; le dejó en depósito su sabiduría en su Evangelio, su gracia en los Sacramentos, toda su sangre y todo Él mismo en la Eucaristía. Por manera que Dios ha dado parte al hombre de todo cuanto tiene más precioso, de su inteligencia, de su sabiduría, de su libertad, de su amor: le ha dado su verdad, su gracia, su vida, su sangre. ¡Ah! dice San Agustín, después de todo lo que Dios ha hecho por nosotros, después de todo lo que nos ha dado, puede decirse que ha agotado todo su poder, toda su riqueza: con su omnipotencia no podía hacer más, con su infinita riqueza no podía dar más (1). Es, pues, el Amo verdaderamente generoso, que llamándonos á nosotros, pobres siervos suyos, de la nada á la existencia, de las tinieblas de nuestra ignorancia á la luz del Cristianismo, nos ha distribuido absolutamente todo sus bienes, sin reservarse nada: «El amo llamó á sus siervos ó criados y les confió todos sus bienes» (2).

¡Oh!.... exclama Haymon. ¡Con cuánta razón llama á esas inefables liberalidades, sus bienes!.... *Bona sua!*.... No son, en efecto, más que una emanación de su bondad, una manifestación generosa de su tierno amor (3).

Según San Jerónimo, los talentos, por los números cinco, dos y uno, significan la medida diversa de las gracias actuales, personales, particulares, que el buen amo concede á cada uno en el orden natural y en el orden espiritual (4). Pues bien, esas gracias, añade la parábola, son dadas á cada uno en medida desigual según su aptitud (5), para darnos á entender, dice San Jerónimo, que si Dios no da á todos las mismas gracias, no es porque no las tenga suficientes para dar á todos,

(1) Cum esset omnipotens plus dare non potuit; cum esset ditissimus, plus dare non habuit. (S. Aug.)

(2) Vocavit servos suos et tradidit illis omnia bona sua. (*Matth.*, xxv.)

(3) Bona sua, quia de ejus bonitati nata sunt. (*Haym.*)

(4) In quinque, duobus vel uno talentis, diversas gratias intelligimus quæ unicuique traditæ sunt. (S. Hieron.)

(5) Unicuique secundum propriam virtutem. (*Ibid.*)

sino porque todos no tienen la misma capacidad para recibir-las (1). Un autor muy grave añade: «Es evidente, segun esas palabras del Evangelio, que la Bondad divina, en la distribucion de las gracias, no conoce acepcion de personas, sino que sólo atiende á la disposicion del corazon y á la aptitud de cada uno» (2).

Los siervos de la parábola, que habían recibido unos cinco talentos, otros dos, inmediatamente despues de la partida del amo se apresuraron á hacerlos producir segun sus órdenes é intenciones, y cada uno ganó el doble de la suma empleada. Por ese medio, continúa el mismo autor, el Señor ha querido revelarnos, que si hemos sido criados por Dios como hombres; y si en seguida hemos sido hechos cristianos, no es únicamente para que podamos hacer ostentacion de un título ocioso y estéril, ya de la naturaleza humana, ya de nuestra cualidad de cristianos, sino para que le utilicemos para la gloria de Cristo, y para que con el capital de nuestra inteligencia, de nuestra libre voluntad y de nuestra fe, podamos, ayudados de su gracia, adquirir tambien el mérito de todas las virtudes (3).

Como la ley primitiva dada por el Dios Criador, confirmada de nuevo y perfeccionada por el Dios Redentor, no es más que la manifestacion de la suprema voluntad de Dios; conformarse con esa ley, por orden de Dios, es obedecer á Dios, es servir y glorificar á Dios, y con esa condicion, los cristianos son dignos de ser llamados servidores de Dios: *Vocavit servos suos*. Como esa ley es la expresion de la naturaleza de Dios y del hombre, se sigue de ahí, que vivir segun esa ley, es vivir segun la naturaleza de Dios, y segun su propia naturaleza es santificarse á sí mismo; porque todo lo que es natural al sér, le pone en armonía consigo mismo y le perfecciona. Hé ahí, pues, que en esta parábola se nos descubre claramente la grande é importante doctrina desconocida en otro tiempo á la sabiduría profana de Atenas y de Roma; desconocida á todo el que pretende buscar el destino del

(1) Non pro paritate alteri plus, alteri minus, sed pro accipientium viribus. (S. Hieron.)

(2) Manifestum est autem quod in danda gratia non personas aspexit, sed virtutem uniuscujusque consideravit. (Op. imperf. in Matth.)

(3) Nec enim propter hoc solum unusquisque fit christianus ut servet talentum fidei suae, sed ut operetur justitiam. (Op. imperf. in Matth.)

hombre sin pedir para ello luces al que ha criado al hombre; la grande é importante verdad del fin inmediato para el que hemos sido criados y redimidos, que es el servir á Dios como buenos y fieles servidores, y sirviéndole, perfeccionarnos y santificarnos por el ejercicio de todas las virtudes: *Servi facti Deo habetis fructum in sanctificationem*.

¡Grande é importante verdad!..... En este mundo hay mucha variedad de estados, de empleos y de condiciones. Unos son ricos, otros pobres; unos nobles, otros plebeyos; algunos son doctos, y otros ignorantes; unos viven con sus bienes propios, y otros con los bienes ajenos, éstos mandan, aquéllos obedecen; unos son soberanos y otros súbditos. Pues ninguna de esas gentes está en el mundo para ser siempre lo que es; sino que, como todos son hombres y todos tienen la misma naturaleza, todos tienen tambien el mismo fin, el mismo deber de conocer á Dios, de servirle y de no servir á otro más que á Él solo: *Dominum Deum tuum adorabis et illi soli servies*.

¡Oh hombre!..... ¡Oh cristiano!..... Entendamos bien esta verdad capital. No, no, tú no existes, tú no vives en este mundo para elevar el edificio de tu fortuna, para contraer un matrimonio ventajoso, para obtener un empleo brillante, para trepar por la escala de la intriga, de la bajeza, de la infamia, para llegar á la cúspide de los honores y de las más altas funciones; no, tú no estás en el mundo para gozar los placeres, para abismarte en los deleites, para nadar en el lujo y la opulencia, para ejercer el mando. No, tú no existes para ser esclavo de tu carne, de tu ambicion, de tu codicia, para adorarte á tí mismo y ser tu ídolo, sino únicamente para adorar y servir á tu Dios, á Dios tu Dueño y Señor, que para eso te ha dado parte en todos sus bienes: *Dedit omnia bona sua*.

¿Qué hace un servidor encargado por su amo de una comision, si alguno quiere detenerle en el camino? Dejadme marchar, dice, es preciso que acuda con presteza á ejecutar las órdenes de mi amo. Del mismo modo nosotros tambien, cuando el demonio nos tienta, cuando el mundo nos convida, cuando la carne nos lisonjea, cuando los ministros de la irreligion y del libertinaje quieren seducirnos para detenernos en el camino que conduce de la fe humilde á la revelacion de Dios, deberémos responder resueltamente: ¡Apartaos lejos de mí, impostores, traidores, perversos!

Declinate à me, maligni (1). Soy siervo de Dios; Dios es mi verdadero y legítimo Dueño; Él es quien me conserva la vida, quien me da la luz, quien me concede su gracia; él me mantiene en su casa, para no servir más que á Él, para complacerle á Él solo. No puedo fijar mi atención en vosotros, no puedo escucharos; pero debo estar enteramente atento y ocupado en complacer á Dios en todo cuanto me mande, en todo lo que le debo: *In his que sunt Patris mei oportet me esse* (2).

¡Mirad con qué atención los cortesanos previenen hasta el más simple deseo! ¡Con qué afán expian la menor seña! ¡Con qué prontitud ejecutan las órdenes de los reyes, de los grandes señores de la tierra! ¡Oh! ¡Con cuánta más solicitud debemos obedecer y complacer al supremo Dueño, al gran Monarca de los cielos! Querer eximirse y desembarazarse del servicio de tan buen Amo, es caer en la más vergonzosa y la más humillante de todas las esclavitudes, en la servidumbre del mundo y de las pasiones: mientras que en su servicio se adquiere la verdadera independencia, la verdadera libertad (3). Y, en efecto, sirviendo á Dios, el hombre se reforma, se ennoblece, se santifica á sí mismo: *Servi facti Deo habetis fructum in sanctificationem*.

Pero todo ser tiene un doble fin: el uno próximo, el otro lejano, uno inmediato, otro mediato, el fin último. Servir á Dios y santificarse es el fin próximo, el fin inmediato en esta vida. ¿Cuál será, pues, el fin último en la otra? Eso es lo que encontramos claramente indicado en la parábola de los seis talentos: porque Jesucristo nos dice que habiendo regresado de su viaje el amo del Evangelio pasado largo tiempo, llamó á sus criados para ajustar cuentas (4).

Señor, dijo el uno, á vuestra partida me entregásteis cinco talentos; y sin perder nada de vuestro capital, he conseguido ganar otros cinco. Á mí, dijo el otro, no me habeis confiado más que dos, y he ganado otros dos. ¿Y qué dijo el buen amo á sus diligentes y fieles servidores? Con aire de suprema satisfacción y

(1) *Ps. cxiii.*

(2) *S. Luc., xi.*

(3) *Huic servire summa libertas est; ab ejus servitute recedere turpissima servitus est. (S. Greg.)*

(4) *Post multum vero temporis venit dominus servorum illorum et posuit rationem cum eis. (Matth., xxv.)*

de familiar ternura les dijo: « Bien, muy bien, mis buenos servidores; habeis ejecutado perfectamente mis órdenes; me habeis dado la mayor prueba de celo y de diligencia en mirar por mis intereses; habeis llevado vuestra fidelidad al más alto grado, y os habeis afanado para complacerme aún en las cosas más pequeñas. Ahora será muy justo que recibais una grande y magnífica recompensa. Vamos, venid conmigo, participad del júbilo de vuestro amo» (1). ¡Oh qué hermosa alegoría! Hé ahí la suerte reservada á los fieles servidores de Dios, para el día en que, apenas salidos de esta vida, sean citados al juicio particular: tendrán la dicha de oír sus alabanzas, y de ser preconizados por el divino Dueño, por el Dios redentor, á presencia de toda la corte celestial, y de ser llamados á la eterna recompensa.

Observad aquí desde luego, dice San Jerónimo, que el siervo que habia ganado dos talentos, y el que habia adquirido cinco, reciben los mismos elogios, obtienen la misma recompensa y son tratados con el mismo amor; porque Dios, cuando recompense á sus servidores, no mirará precisamente á lo que cada uno haya hecho, sino á la buena voluntad, al buen deseo, al buen corazón, al anhelo, al celo y al amor con que cada cual haya obrado (2). Un solo óbolo que hayamos dado, como la pobre viuda del Evangelio, por amor á Jesucristo, no pudiendo en nuestra miseria dar más, nos valdrá una remuneración mil veces más grande que las cuantiosas limosnas dadas por los ricos. Recibirémos el premio, no sólo del bien que hayamos hecho, sino también del deseo afectuoso que hayamos tenido de hacer más, si nos hubiera sido posible.

Observad además, dice Druthmar, que según la indicación del buen amo, la fidelidad de sus siervos no se habia demostrado sino en cosas pequeñas: *Super pauca fuisti fidelis*. Con eso, Nuestro Señor ha querido hacernos comprender que el sacrificio de todas las cosas terrestres, todo lo que podemos hacer grande, virtuoso y heroico en la vida presente, es poco, muy poca cosa,

(1) *Euge! serve bone et fidelis, super multa te constituam. Intra in gaudium domini tui. (Matth., xxv.)*

(2) *Et qui de quinque talentis decem fecerat; et qui de duobus quatuor, simili recipit gaudium, non considerans lucri magnitudinem, sed studii voluntatem. (S. Hieron.)*

BIBLIOTECA CENTRAL